



Ferré utiliza a Dominique Strauss-Kahn para escribir "una novela política". Foto: François Mori / AP

Tenebroso Strauss-Kahn

Karnaval

Juan Francisco Ferré
Anagrama. Barcelona, 2012
534 páginas. 24,90 euros
(electrónico: 18,98)
Premio Heralde de Novela

Por J. Ernesto Ayala-Dip

NARRATIVA. ES ALTAMENTE probable que Juan Francisco Ferré (Málaga, 1962) haya con *Karnaval* no solo escrito la mejor novela sobre Dominique Strauss-Kahn sino la única posible. ¿Quiere decir que el escritor malagueño reúne unas competencias que otros autores no tienen? Podría decirse que sí, aunque no solo se trata de competencia narrativa. Se trata esencialmente de acertar con un método de representación que trascienda la anécdota mediática (los medios ocupan el lugar de la historia, para bien y para mal, aunque seguramente para más mal que bien) y la convierta en una alegoría total. Ferré utiliza la figura

del exdirector del FMI para adentrarse en las cloacas del sistema capitalista de nuestros días, en su despliegue más furibundamente neoliberal. Parafrasea el *affaire* (del que hemos sido informados abrumadoramente, sin que eso suponga un grano más de luz), abunda en el pecado nada original de Strauss-Kahn, para transformar todo ese luctuoso asunto de la carne incontinente en una opulenta sátira.

El encuentro en una *suite* de hotel entre un altísimo ejecutivo blanco (y virtual candidato a la presidencia de Francia) y una trabajadora de la limpieza negra dibuja una metáfora demasiado perfecta de la prepotencia financiera y la subordinación racial como para que no se albergue serias dudas sobre lo realmente acontecido. No digo que no se haya producido la agresión sexual de la que se acusó al exjefe económico, sino que no sabemos (y muy probablemente no lo sepamos nunca) lo que en esa *suite* sucedió exactamente y, sobre todo, cómo sucedió. Con estos elementos de crónica de sucesos, el autor de *Provi-*

dence urde un artefacto de ficción donde confluyen la economía, la política, la moral y hasta el ensayo sociológico a partes iguales. *Karnaval* se convierte de esta manera en una novela fundamentalmente política (que no necesariamente de compromiso político), pero también en una novela que indaga sobre la forma narrativa idónea para competir con las narraciones oficiales que la economía, la política y la moral del sistema orden de manera flagrantemente sistémica. Ferré, como ya hizo en *Providence*, reparte la narración en un succulento manjar de voces. Tienen preponderante voz Strauss-Kahn y la limpiadora agredida. Así, Ferré más que novelar, ensaya, indaga. Como si se preguntara qué relato hay que concebir, qué forma se adaptará mejor a esta inmensa oscuridad que se ha expandido por el mundo desde esa lujosa *suite*, como si se tratara de un secreto de alto estado (que a lo mejor). Si la verdad de todo ese "tenebroso asunto" (título, por cierto, de Balzac, donde se recrea bajo la fórmula de intriga policiaca un complot político que realmente se produjo durante el primer Imperio napoleónico) es imposible desvelarla, Ferré, en la mitad de su novela, introduce la descripción de un documental sobre Strauss-Kahn que filmó la realizadora canadiense Chantal LeBlanc. En dicho documental participan personalidades (digamos voces) que van desde Philip Roth, Beatriz Preciado y el filósofo esloveno Slavoj Žižek hasta Michel Onfray y Amélie Nothomb y Judit Butler. ¿Qué función desempeña este apartado, esta fiesta de la teoría y los diagnósticos más diversos y opuestos? Desbrozar el camino de la sospecha y convertir un hecho entre lo delictivo y mediático en una investigación clínica. Con ese despliegue de participación y exuberante compromiso teórico, la sociedad toda (desde sus sectores más liberales hasta los más reaccionarios) se recuestan en el diván. ¿Es realmente Dominique Strauss-Kahn el que dice su biografía que es o además es también un peligroso libertino descendiente del marqués de Sade que casa mal con la hipocresía victoriana de la Costa Este de Estados Unidos?

En un momento de tanta confusión ética e ideológica, *Karnaval* colabora brillantemente a hacernos más urgentes preguntas. Y, sobre todo, se hace una pregunta angular. ¿Qué puede hacer la ficción en esta confusión? ●